

Pedro Mañas

David Sierra Listón

MARCUS POCUS

Mascotas a la fuga



DESTINO

MARCUS POCUS

Mascotas a la fuga

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2023
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Pedro Mañas, 2023
© de las ilustraciones, David Sierra Listón, 2023
Maquetación: Endoradisseny
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: septiembre de 2023
ISBN: 978-84-08-27534-3
Depósito legal: B. 13.272-2023
Impreso en España — *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Mr. Rayo me esperaba en el pequeño almacén donde se guardan los ingredientes. Lo había dejado allí para que no montase ningún lío entre la clientela.

Se me había olvidado que él es capaz de armar líos en cualquier parte.

—¡Pero ¿qué has hecho?! —exclamé al entrar y verlo tirado en el suelo patas arriba.

No estaba solo. A su alrededor había siete u ocho latas de aceitunas abiertas... a picotazos.

Bingo. Estaban todas vacías.

No sé cuál será la comida favorita de los cuervos normales, pero la del mío son las aceitunas. Yo diría que le gustan incluso más que quejarse. ¡Y te aseguro que quejarse le encanta!

Era justo lo que estaba haciendo en aquel momento: gemir de dolor a causa del empacho.

—Claro que te duele —refunfuñé—. ¿Cuántas aceitunas te has zampado?



A juzgar por su aspecto, las suficientes para preparar una pizza del tamaño de un estadio olímpico. Estaba hinchado como un cojín de plumas. Por un momento, pensé que iba a estallar.

Menos mal que se conformó con eructar.

El problema es que el eructo salió acompañado de algo brillante y diminuto. Algo que silbó por el aire como una minúscula bala de fuego.

¡Era un huesecito de aceituna impregnado de magia!

El veloz proyectil fue a estrellarse contra un gran bote de salsa de tomate.

Un segundo después, el bote ya no era un bote. Se había convertido en un tiesto del que brotaba una gran tomatera. Digamos que la salsa había rejuvenecido mágicamente.



—Genial —suspiré, despeinándome el flequillo—. ¡Ahora escupes huesos embrujados!

Aún estaba intentando esconder la planta cuando mi padre me llamó desde el vestíbulo.

—¡Venga, Príncipe Marcus! —gritó—.
¡Vámonos a casa, que te has ganado un buen descanso!

Envolví a Mr. Rayo en mi chaqueta con cuidado antes de reunirme con mi padre. No quería arriesgarme a que otro huesazo mágico lo convirtiera en repollo o algo así.

Y menos aún a que descubriera que soy brujo.

Nada más llegar a casa me encerré en mi cuarto y acosté a Mr. Rayo sobre la almohada.

Pasé casi toda la noche despierto, vigilándolo con la varita encendida. Por el modo en que se agitaba, debía de estar soñando algo terrible. Quizá que lo perseguía una aceituna gigante.

De vez en cuando, escupía otro hueso contra mi armario.

Con cada disparo, el mueble cambiaba de aspecto. Primero se volvió verde, luego le salieron púas, después creció hasta el techo...

Cuando al fin amaneció, era una mole de

gelatina rosa con plátanos en vez de picaportes. Estaba como para anunciarlo en *Embrujos de Hogar*, una revista de decoración mágica que suele leer Madame Prune.



—Lástima que la profe no esté aquí para ayudarme —suspiré mientras desencantaba el mueble.

En cuanto a Mr. Rayo, seguía hinchado y sudoroso, pero ya ni siquiera se quejaba.

Y créeme: si mi pájaro no se queja es que se encuentra realmente mal.

Fue entonces cuando se me ocurrió pedir ayuda a Anna Kadabra. Sé que no es una gran hechicera ni una gran veterinaria. Pero al menos es una gran amiga.

Mi cuervo, en cambio, le tiene una manía tremenda. A lo mejor reaccionaba al verla, aunque solo fuera para hacerle caca encima. También está en su lista de cosas favoritas.

Por desgracia, Anna no contestó cuando la llamé a través del espejo, del libro de

matemáticas y del bol de cereales del desayuno.
Hasta su retrete estaba comunicando.

—Seguro que esa brujiperezosa sigue durmiendo —gemí, acariciando al pájaro.

Tuve que apartar la mano de golpe. ¡Mr. Rayo ardía de fiebre como un pollo asado!

Angustiado, decidí recurrir a mi único amigo mágico en Suncity.



Se llama Bubu, y es un elfo que trabaja para su abuelo en una tienda de artículos de brujería llamada Ojos de Tritón. A lo mejor allí vendían algún remedio contra los empachos.

Podía llegar fácilmente en bicicleta, pero antes tenía que pedir permiso a papá.

—¿Salir tú solo por Suncity? —dudó él, todavía bostezando.

—Tendré cuidado —le prometí—. Si soy lo bastante mayor como para trabajar en la pizzería, también lo soy para dar un paseo en bici, ¿no?

—Hmm..., vale, pero sé prudente —respondió él al fin.

La pregunta era si también mis piernas me responderían. Después de la noche de trabajo, las tenía hechas polvo.

Y no precisamente de polvo mágico.